



Michael C. Meyer
El rebelde del norte
Pascual Orozco y la Revolución

Carolina Espejel Sherman (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1984

202 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 16)

ISBN 968-837-226-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/rebelde/norte.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

NOTA HISTORIOGRÁFICA

Hay una gran cantidad de literatura histórica acerca de la Revolución Mexicana de 1910. Innumerables relatos de segunda mano, todos los cuales afirman basarse en hechos históricos, forman una vasta gama que va desde la fantasía infantil hasta la genuina erudición. Desafortunadamente, esta literatura ha sido demasiadas veces coloreada por la pasión, el prejuicio, metodología dudosa, lógica defectuosa, y —lo peor de todo— por deliberada distorsión. Sin embargo, aun los trabajos dudosos no se pueden desechar. Usados críticamente, muchas veces pueden proporcionar importantes guías para la cronología de los eventos, y algunas veces son valiosos por su penetración de los motivos, los marcos históricos y las reacciones personales a los estímulos históricos.

Además de la abundante información secundaria, hay una gran riqueza de evidencia primaria —parte de ella apenas tocada— que trata del periodo revolucionario: documentos del gobierno (en una serie de archivos), diarios, relatos de viaje, archivos de periódicos y colecciones de cartas, todo esto al alcance de los investigadores. Lo abundante y lo accesible de las fuentes de materiales primarios, parecería, en parte, explicar el gran número de relatos secundarios. Sin embargo, el investigador con el más ligero conocimiento de esta literatura inmediatamente se da cuenta de que hasta hace muy poco tiempo los historiadores de la Revolución generalmente no hacían uso de tal evidencia documental.

Entre 1910 y 1950, la mayoría de los historiadores mexicanos y norteamericanos eran miembros, en efecto, de una escuela favorable a la Revolución. La apoteosis del fenómeno revolucionario



—mucho después de que dejó de ser una revolución— afectó seriamente a los estudiosos de la época. Los biógrafos de los hombres que en cierto modo se habían opuesto a los “apóstoles de la Revolución” caracterizaron a sus sujetos como traidores, Judas, herejes, renegados, apóstatas y cosas por el estilo. La palabra “contrarrevolución” se usó para calificar tendencias cismáticas leves. Las descripciones mexicanas de las relaciones entre los gobiernos revolucionarios y los Estados Unidos se caracterizan por su extremo nacionalismo que muchas veces degeneró en *chauvinismo*. Todavía en 1951, el notable abogado y autor mexicano Ramón Beteta, pedía “menos explotación y más nacionalismo”.

La literatura estadounidense sobre la Revolución Mexicana tuvo durante cuarenta años un patrón similar, pero con varias modificaciones dignas de ser notadas. Cuando el nacionalismo mexicano empezó a manifestarse en la esfera económica y los intereses de los Estados Unidos se sintieron amenazados, los primeros años de la Revolución se empezaron a investigar de una nueva manera. Aunque no hubo mayores intentos para modificar el patrón general construido por la escuela prorrevolucionaria, se le agregaron nuevos rasgos. Los cuentos de atrocidades empezaron a aparecer en trabajos históricos; las vívidas descripciones periodísticas del raro asesinato de algún ciudadano de los Estados Unidos en México se usaron para intensificar la latente sensibilidad racial. A fines de la década de 1920 y principios de la de 1930, el espectro del “Comunismo en México” dio color a buena parte de lo publicado en los Estados Unidos sobre la Revolución. Una vez más, frecuentemente fueron las amenazas a los intereses económicos extranjeros las que hicieron que los autores culparan a “agentes bolcheviques”.

La literatura sobre la insurrección orozquista es típica de las distorsiones y las verdades a medias de que debe guardarse el norteamericano que estudia a México. Gran parte de ella fue compilada por personas que creían ciegamente que el derrocamiento de la dictadura por tanto tiempo despreciada debía resultar en el mejoramiento político y social. (Tal vez únicamente desde que ocurrió la revolución de Castro los latinoamericanistas se han dado cuenta agudamente de que tales generalizaciones no son necesariamente válidas.) Desviarse del maderismo era, por consiguiente, una herejía política. Además, los relatos contemporáneos fueron muchas veces coloreados por el hecho de que los historiadores tenían un interés personal en el resultado; la prensa antimaderista agravó más el problema.



No fue por razones personales que se designó sistemáticamente a Orozco: las razones eran mucho más profundas. La historia llegó a ser un instrumento, un artefacto pragmático para mantener viva a la Revolución y exaltar sus “triumfos”. Era, por consiguiente, imprescindible defender a los “héroes” aceptados de la Revolución y condenar a los que se opusieron al movimiento, sin importar cuáles fueron sus razones. Era preciso pasar por alto o excusar los crímenes de la Revolución, so color de ser una necesidad política y presentar como actos de barbarie los de la oposición. Todos los “enemigos de la Revolución” eran presentados como instrumentos de “contrarrevolucionarios” satánicos. Si la Revolución era el compendio de todas las virtudes, a sus “enemigos” debía considerárseles como depravados.

Los motivos claramente propagandísticos de la escuela prorrevolucionaria excluían el estudio genuino. Los hechos se seleccionaban cuidadosamente para que correspondieran al esquema preconcebido. Se hicieron intentos para defender lo indefendible y para evaluar todas las acciones humanas con una regla rígida de bueno o malo. Las pocas voces que denunciaron las distorsiones fueron débiles y pronto quedaron envueltas en interminables polémicas, y también fueron culpables de distorsión. La objetividad difícilmente pudo haber cumplido su propósito frente a tan abrumadora oposición.

Los últimos quince años de historiografía revolucionaria en México y en los Estados Unidos se han caracterizado por el refinamiento y el mejoramiento del proceso de investigación. Las nuevas guías que se encuentran al alcance de todos y el perfeccionamiento de la metodología han producido análisis de más madurez, en que los tonos negros y los blancos ceden el paso a los sutiles grises. Los paladines son más falibles y los herejes menos malévolos. Todas las relaciones entre México y los Estados Unidos ya no aparecen como dictadas por las maquinaciones satánicas de Wall Street.

La Revolución está perdiendo su carácter sacrosanto al irse revelando sus defectos. Por ejemplo, la justificación de que fue una solución mexicana para una serie de problemas mexicanos y por consiguiente hay que exaltarla, no es apoyada por los historiadores de fines de la década de 1950 y la de 1960. Algunos balances muestran ahora tanto los créditos como los cargos, y además indican que ambos existieron desde el principio del movimiento.



La que sigue no pretende ser una bibliografía completa. Consulté muchos otros estudios al escribir este libro, pero debido a su dudoso valor para el problema histórico específico no los he incluido. Además de las bibliografías y guías, habituales para el periodo revolucionario, solamente he incluido las colecciones documentales, los libros y los artículos citados en las notas.